

Parece difícil negar, a la luz de lo escrito por Lamet y de lo narrado por el propio teólogo jesuita, que éste quiso apoyar el proceso de cambio y que rápidamente se ubicó en lo que se llamaron los «curas rojos» (Mariano Gamo, Francisco García-Salve, el propio José María de Llanos), por cuanto este constituye un fenómeno necesitado de un análisis histórico detallado.

La monografía concluye con el relato de la última etapa vital de Díez-Alegría, todavía no concluida, pues el jesuita goza de una salud francamente vigorosa, en la que se puede entrever el lúcido pensamiento de un hombre con el que se puede estar de acuerdo o no, pero al que parece difícil negarle la gran coherencia que ha manifestado a lo largo de su larga vida entre su modo de vivir y su modo de pensar. Toda una personalidad para unos tiempos de cambio que, a pesar de los años transcurridos, siguen resultando de gran interés para la historiografía especializada en el tema.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

GONZÁLEZ CHAVES, ALBERTO, *Rafael Merry del Val* (San Pablo, Madrid 2004), 248p., ISBN: 84-285-2710-5

Si ha habido un sacerdote español de especial relevancia a lo largo de la Edad Contemporánea, ese seguramente haya sido el valenciano Rafael Merry del Val (nos referimos a sus orígenes familiares, ya que nació en Londres). Teniendo en cuenta que la Iglesia Católica es una organización fuertemente jerarquizada y que no ha habido ningún Papa español desde hace más de cinco siglos (el último fue Alejandro VI, 1492-1503), entonces el hecho de haber tenido un Secretario de Estado perteneciente a nuestro país debe ser particularmente tenido en cuenta. A pesar de ello, la historiografía especializada en el tema prácticamente no ha prestado atención a la figura del Merry del Val, sin saberse muy bien las razones de ello. En realidad, la única biografía, escrita en castellano, realmente sólida, con la que contábamos hasta el momento sobre Merry del Val, era la del sacerdote de origen oscense Antonio María Javierre, cuyo libro vio la luz hace más de cuatro décadas (en 1965). Ahora el también clérigo Alberto José González Chaves ha querido realizar su propia contribución, que se ubica en una ya consolidada trayectoria, a pesar de su juventud (treinta y seis años), como especialista en biografías (ha escrito también sobre la Madre Maravillas de Jesús, el Padre Rubio, Santa Genoveva Torres Morales, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, «Don Marcelo» (Marcelo González) y Marcelo Spínola, e, incluso, sobre el mismísimo Juan Pablo II, precisamente su última contribución.

González Chaves no puede ser considerado, en ese sentido, un historiador profesional y probablemente él no pretenda serlo. Se trata tan sólo de meras deducciones, no sólo en función de su formación (básicamente teológica), sino también por el estilo utilizado a lo largo del libro. En efecto, González Chaves no busca realizar un análisis exhaustivo de la vida y obra de Merry del Val, pues, de hecho, no ha trabajado prácticamente la documentación de archivo, tan necesaria para la elaboración del relato histórico original. Ha redactado su obra a partir de fuentes secundarias, básicamente de tipo bibliográfico, porque seguramente su interés haya sido el de divulgar y no el de entrar en lo que es propiamente el debate historiográfico. De hecho, hay

ocasiones en las que el relato busca más el generar interés y tratar de introducir al lector en el momento histórico que se está viviendo, que en analizar propiamente las causas y consecuencias que incurrían en el momento histórico que se está contando. Por todo ello, no podemos considerar ésta una monografía de tipo propiamente científico, pero no por ello consideramos que deja de tener relevancia: antes al contrario, González Chaves tiene un innegable talento para generar interés acerca de lo que está contando y, lo más importante, realiza un considerable esfuerzo por tratar de hacer pensar al lector la trascendencia de que cada momento que relata.

Desde esa perspectiva, la vida de Merry del Val resulta francamente interesante. Fue el prototípico hombre de Curia, primero enviado por el Papa para ejercer la diplomacia y luego, una vez retornado a Roma, para llevar las riendas de la Iglesia con la aquiescencia, lógicamente, de quien es la suprema cabeza de la institución. Por otra parte, a lo largo de las páginas se desprende con claridad la pasión e intensidad con la que González Chaves vive lo que es la Iglesia Católica, a la que él un día se confió y a la que intenta dar lo mejor de sí mismo, por lo menos a tenor de la importante capacidad de trabajo demostrada por este joven sacerdote extremeño.

Así, la primera impresión que obtenemos de Rafael Merry del Val era la de que se trataba de un hombre de amplia cultura y dotado de un extraordinario sentido de la disciplina. Era también una persona sumamente discreta, *conditio sine qua non* para acceder a un cargo de tanta trascendencia como lo es la Secretaría de Estado. A la luz de las cartas que nos hace llegar González Chaves, vemos igualmente a un Merry del Val francamente humilde, quien, aunque no pocas veces consideraba que la tarea que se le encargaba sobrepasaba ampliamente sus capacidades, se sobreponía a la adversidad y hacía frente a la misma con un importante grado de acierto. No eran tiempos fáciles para la Iglesia, que se encontraba ante la necesidad de luchar contra la secularización que avanzaba imparablemente y que, al mismo tiempo, veía como surgían nuevos movimientos heréticos, movimientos que se vinculaban a la que se conocería como «modernidad». En ese sentido, el catolicismo universal seguía todavía lastrado por el Concilio Vaticano I, cuyo abierto enfrentamiento con todo lo que significara progreso había situado a la Iglesia en una posición difícil y bastante poco definida. Todo ello dentro de un ambiente político cada vez más convulso, pues se vivía una paz ficticia donde las grandes potencias, al tiempo que se armaban, iban tejiendo alianzas que acabarían desembocando en esa gran tragedia que fue la Primera Guerra Mundial. Y ello no era precisamente el mejor escenario para solucionar la llamada «cuestión romana», no resuelta hasta la firma de los *Pactos de Letrán* en 1929, tan sólo unos meses antes de la muerte de Rafael Merry del Val.

La carrera de Merry fue, en ese sentido, *meteórica*: pasó en tan sólo quince años de ser un simple sacerdote (octubre de 1888) a todo un «príncipe de la Iglesia» (cardenal) y Secretario de Estado (noviembre de 1903). Pronto se trazaría una intensa amistad entre Merry del Val y el Papa (Pío X) y, por eso, cuando éste enfermó, y así lo pone de manifiesto un escrito publicado por González Chaves, Merry entró en una fase de gran abatimiento. Una vez muerto el pontífice, los días de Merry como Secretario de Estado quedaron contados, ya que el sucesor de Pío X, Benedicto XV, prefirió depositar su confianza en el Cardenal Ferrata, que duraría poco más de un mes por una relativamente temprana muerte (sesenta y siete años) y que sería sucedido de manera inmediata por el también italiano Pietro Gasparri.

Con la pasión que caracteriza a González Chaves a la hora de escribir, éste asegura que Merry, a pesar de que en ese momento se encontraba en plenitud de facultades (no había cumplido siquiera los cincuenta), no tuvo ni un mal gesto hacia la medida tomada ni dio el más mínimo signo de querer aferrarse al poder. Además, Benedicto XV no había decidido prescindir de él de manera total, sino que le otorgaría un nuevo destino que debe ser considerado de gran envergadura: la Secretaría de la Suprema Congregación del Santo Oficio, que en diciembre de 1965 pasaría a recibir la denominación actual (Congregación para la Doctrina de la Fe) y que entre sus inquilinos ha tenido a una personalidad tan relevante como el Cardenal Joseph Ratzinger, a partir de abril de 2005 conocido como Benedicto XVI. González Chaves se muestra, en ese sentido, francamente tajante: Merry del Val contaba, tras sus once años al frente de la Secretaría de Estado, con el aplauso prácticamente unánime de la Curia romana, lo que ponía de manifiesto sus dotes negociadoras y de gestión.

Es aquí donde se produce ciertamente el gran déficit de la obra de González Chaves: en que prácticamente no analiza nada de sus dieciséis años al frente del Santo Oficio, mientras a la etapa previa a su nombramiento como Secretario de Estado dedica una importante extensión de páginas. Quedará ello, por tanto, pendiente para futuros estudios por parte de especialistas en el tema, pero no vamos a negar a González Chaves el evidente esfuerzo que ha hecho por acercarnos una figura tan señalada como Merry del Val y que hoy, gracias a este libro, ya no nos resulta tan desconocida.—  
PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

INFIESTA, JESÚS: *Benedicto XVI: Las sorpresas de un pontificado* (San Pablo, Madrid 2006), 431p., ISBN: 84-285-2794-6

Se trata de una biografía del Papa Benedicto XVI, entreverada de múltiples anécdotas reales llenas de humanismo e interés histórico, referidas a los diversos ámbitos en los que se desarrolló su vida en una entrega total y desinteresada a la Iglesia de Cristo. El autor, sacerdote y periodista, ha logrado en un brillante y delicioso estilo literario presentarnos en toda su grandeza la rica personalidad del Ratzinger Cardenal y Papa, ateniéndose siempre rigurosamente a la verdad de lo que narra. Se recogen numerosos testimonios directos e íntimos especialmente de su hermano Georg y de otras personas cercanas o que han convivido con el Pontífice. También el propio autor ha tenido la fortuna de conocerlo personalmente y conversó con él en 1993. Además, como es obvio, conoce bien y sigue los pasos trazados por el mismo Ratzinger en su autobiografía y tiene en consideración cuantas fuentes informativas y fidedignas ha podido consultar. Así se encontrará el lector con aspectos menos conocidos, pero siempre interesantes, sobre la infancia y familia de Ratzinger, sobre sus amistades, sobre su sentido del humor, sobre el modo de emplear sus primeras vacaciones veraniegas como Papa en Aosta... Se destaca así mismo su pensamiento de vanguardia como profesor de teología y como perito del Concilio.

La lectura de la obra va generando de manera silenciosa y espontánea un sentimiento de simpatía y de afectuosa admiración hacia la figura del Cardenal y Papa. Se ponen de manifiesto la humildad y sencillez de un Ratzinger que nunca ambicionó